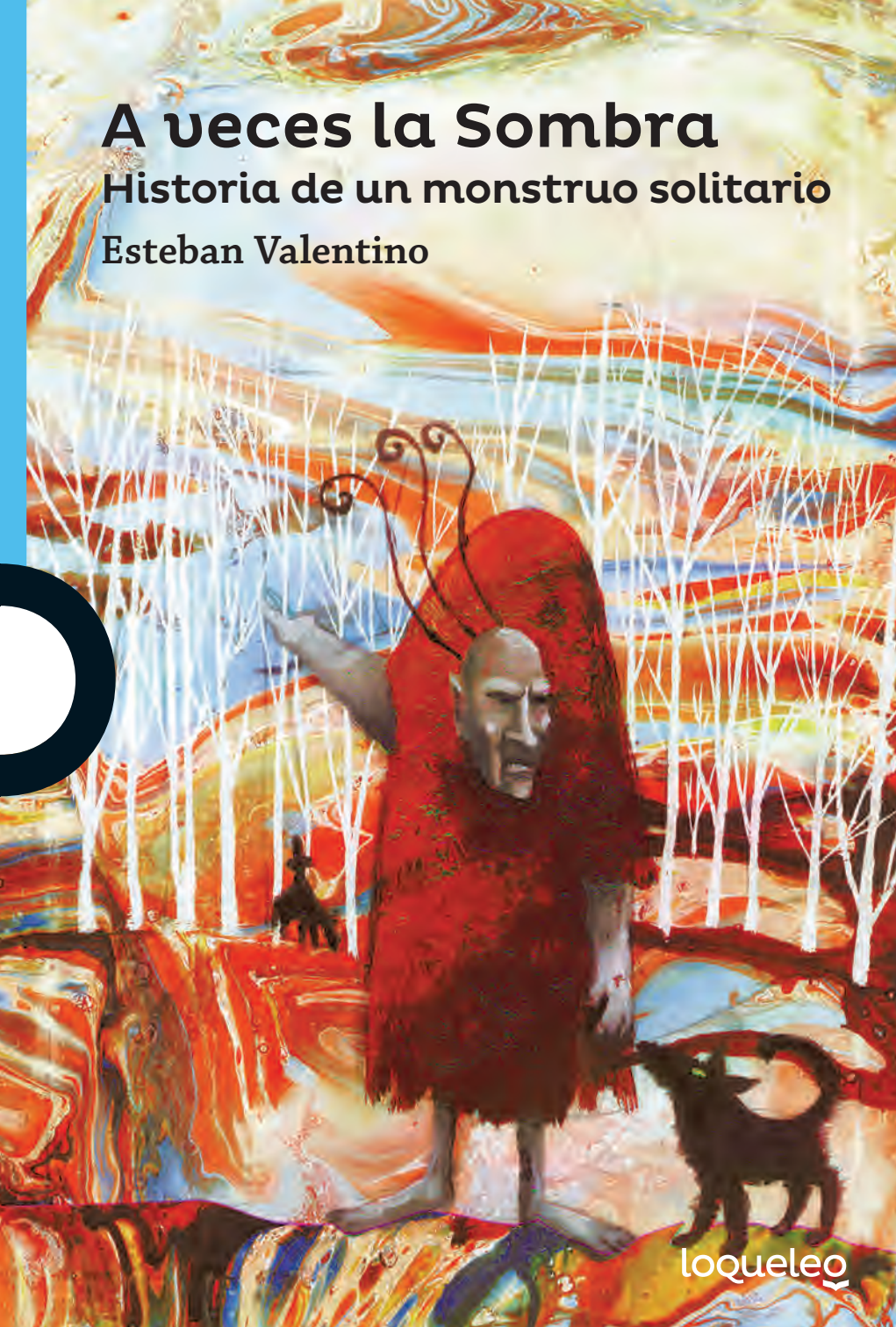


A veces la Sombra

Historia de un monstruo solitario

Esteban Valentino



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1997, ESTEBAN VALENTINO
© 1997, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4612-9
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: SANDRA LAVANDEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Valentino, Esteban

A veces la sombra, historia de un monstruo solitario / Esteban Valentino ; ilustrado por Sandra Lavandeira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

96 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4612-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lavandeira, Sandra, illus. II. Título.

CDD 863.92822

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

A veces la Sombra

Historia de un monstruo solitario

Esteban Valentino

Ilustraciones de Sandra Lavandeira

loqueleg

*Para Susana,
que me sigue iluminando.*

PRÓLOGO

PRIMERA NOTICIA SOBRE EL PUEBLO, SOBRE EL
BOSQUE CERCANO Y SOBRE EL INDESCRIPCIÓN SER
QUE MORABA BAJO SUS ÁRBOLES

No se sabe el nombre del valle. No se lo conoce. Tampoco hay datos que favorezcan o al menos estimulen los esfuerzos del caminante por llegar a él. Lo único seguro es que entre montañas condenadas a una eternidad de verde, cercado por ríos breves y claros, con piedras chicas que eran puentes y rocas enormes que eran encuentros de enamorados, se levantaba un pueblo con casas blancas y calles de tierra.

El pueblo tenía una taberna, una escuela, tenía una casa del alcalde, no tenía árboles, no tenía lobos. Y sobre todo tenía gente. Que a fuerza de oír el eco de la propia voz había terminado por confundirlo con la respuesta de los otros. Sí. Eran de palabras pequeñas los habitantes del pueblo, muy amigos de andar callados. Solo en la taberna se permitían abrirle algunas puertas al encierro.

No lejos de allí había un bosque.

El bosque no se parecía al pueblo. Tenía árboles, tenía lobos, no tenía casas ni taberna ni escuela ni alcalde. Pero, a diferencia de los hombres y mujeres que dormían bajo los techos de las casas, el bosque hablaba permanentemente. Muchos no podían escucharlo. Pero hablaba. Los aullidos de los lobos llamando a la caza, los cantos de los pájaros, el grito de los monos sobre los árboles, el sonido del viento entre las hojas. No. No le faltaban voces al bosque cercano. Y sin embargo, por difícil que sea imaginarlo, había momentos en que todos los ruidos se ponían de acuerdo y descansaban de golpe. El silencio se adueñaba del aire y en las casas cerradas sabían que la Sombra había salido a caminar. Las calles de tierra quedaban entonces vacías y solo los ojos miraban por entre las ventanas entreabiertas, esperando el regreso del sonido.

Nadie en el pueblo lo había visto más de unos segundos, pero sabían perfectamente cómo era. Tres metros de alto. Ancho como tres robles adultos y con una enorme joroba en el exacto centro de su espalda. Se contaban historias terribles sobre él, de viajeros que nunca habían llegado a atravesar las montañas, de forasteros que eran esperados en el pueblo pero que jamás habían alcanzado su destino luego de cometer la imprudencia de viajar por el bosque. Salvo en la taberna,



James

con la certeza de tener mucha compañía, la gente prefería no hablar del tema.

Los animales no le habían puesto nombre. Los hombres, sí. Lo llamaban, a veces, la Sombra.

Y casi siempre, el Monstruo Deforme.

EL PRINCIPIO

Esta historia comienza en las heladas tierras del Norte, lejos, muy lejos de las moradas de los hombres. Allí habitaban los Seres Enormes, que vivían largos años y que cazaban animales en la nieve. Cuando alcanzaban la plenitud de su fuerza podían superar los tres metros y algunos llegaban a igualar el ancho de tres robles juntos. Sus pasos lograban agitar pequeños árboles y su simple estornudo podía provocar una suave brisa que levantaba hojarasca con polvo y alborotaba a los seres voladores del lugar. Uno de ellos creció, luna a luna, tan inmenso y poderoso como los demás pero distinto. Su cuerpo siguió formas hasta entonces no vistas por los ojos de su gente y vino el tiempo en que sus contornos empezaron a deformarse. Su espalda comenzó a arquearse y al cabo de unos meses la joroba fue su marca y jorobado su nombre. De chico su madre le había cantado viejas canciones para que no sintiera miedo en las tormentas pero no pudo evitar que la locura

de sus huesos le hiciera nacer un nuevo temor, del que no pudo salvarse con ningún canto: el miedo a los otros. El muchacho creció así con la ausencia como su mejor compañía y pronto hizo de los viajes su pasatiempo favorito.

Los Seres Enormes no veían con buenos ojos estas salidas. Estaban llenos de prohibiciones pero en una eran implacables. El contacto con los hombres era para ellos el peor de los delitos y los ancianos pensaban que el Jorobado ponía en peligro a todos alejándose tanto de su tierra. Cuando el niño se hizo joven fue claro que no había amor entre él y los suyos y sí mucha desconfianza. La madre había adivinado que tarde o temprano su hijo tendría que marcharse de un lugar en donde lo primero que veían todos era la joroba, aunque viniera detrás, y que miraban con más recelo que admiración sus excursiones fuera del pueblo.

Pero algo del temor de los ancianos tenía su parte de verdad. Porque andando y andando el muchacho había terminado por descubrir a los humanos y ahora sólo pensaba en aprender más sobre ellos.

—Son pequeños, madre —contaba siempre a su regreso—, mucho más pequeños que nosotros. Y sin embargo he notado que animales poderosos como los osos o los búfalos les tienen miedo, ¿por qué?

—No lo sé, hijo —decía ella—. Nunca los he visto. Pero has burlado el silencio de nuestras voces acercándole al hombre el secreto de nuestros cuerpos, y el castigo es el destierro y quizá la muerte. Yo también tengo miedo, como los osos y los búfalos.

—No te preocupes. Mi lengua no tiene alas.

Se equivocaba. Los ecos de estas palabras llegaron a los oídos de los jueces, que vieron al alcance de la mano la oportunidad para terminar con el jorobado. No tardó su sombra en adelantarse a los pasos de los otros y, llegando ante la roca sagrada, se enfrentó con ellos. Apretó fuerte su puño de incontenibles dedos y tragó profundo el frescor del amanecer. Y lo llevaron a juicio por violar la gran prohibición. Y lo llamaron traidor. El mayor de los ancianos comunicó la sentencia a todos:

“Nadie entre nosotros es dueño de su destino porque estamos condenados a huir y a ocultarnos del mundo y del sol y de los senderos despejados, pero nuestro hermano ha olvidado esta regla y el castigo debe caer sobre él. Que marche. Un mes podrá alejarse de los suyos. Cumplido ese plazo saldrán los Cazadores y cuando lo encuentren no habrá piedad para el traidor”.

El jorobado sabía que el castigo significaba una vida de vigilancia permanente. Miró a su pueblo y no quiso irse sin gritarles lo que pensaba.

—Ustedes son unos cobardes, porque desean el fin de alguien que no les ha hecho ningún mal.

Iba a seguir hablando, cuando uno de los jueces lo detuvo con autoridad.

—Estás en un error, Jorobado. La lejana memoria de estas tierras, nuestra seguridad, la vida de nuestros hijos, depende del secreto. Tus viajes significaron un gran riesgo para todos.

Pero el joven, montado por la señal de su destino, no quiso seguir escuchando las razones de su gente. Mirando directamente a los ojos del anciano que lo condenaba al destierro, dijo:

—Sea, pero nunca el peligro se acercó a nuestro misterio.

Y agregó, como un desafío:

—Y no es el Jorobado un traidor.

No se entretuvo más. Tenía apenas treinta días para poner distancia entre él y la muerte.

Su madre le preparó una buena cantidad de carne cocida y salada, que le duraría para varias jornadas, de modo que no tuviera que perder tiempo en cacerías. Estuvieron esa noche en silencio, despidiéndose, partiéndose por dentro en ese adiós que no querían pero que sabían inevitable y tal vez definitivo. Antes de que el Jorobado dejara las tierras del Norte, la madre, aferrándose a la